seerlo todo. Sus flotas, que van y vienen, atan á Inglaterra é impiden á los navíos de los otros Estados que corran á su capricho». En otro escrito, publicado hacia la misma época y que tiene por título: *Discurso sumario del Estado del Turco,* leemos: «El Turco da con justo motivo la alarma á la cristiandad, en vista de que tiene tantos medios de formar un grande ejército levantándolo en el país que posee. Sería necesario carecer de todo juicio para estar sin aprensión ante semejante diluvio.»

IV

Hoy, por la misteriosa fuerza de las cosas, Turquía ha caído, España ha caído.

A estas horas, los asignados (1), esta postrera carcoma de las viejas sociedades podridas, devoran al imperio turco.

Hace ya mucho tiempo que otra nación posee Gibraltar, como el salvaje que cose á su manto la uña del león muerto.

De suerte que, en menos de doscientos años, los dos colosos que asustaban á nuestros padres se han desvanecido.

¿Ha quedado libre Europa? No!

Como en el siglo XVII, la amenaza un doble peligro. Los hombres pasan, pero queda el hombre; los imperios caen, pero los egoísmos se reforman. Ahora bien; en el instante en que nos hallamos, lo mismo que hace doscientos años, dos inmensos egoísmos oprimen á Europa y la codician. El espíritu de guerra, de violencia y de conquista sigue firme en Oriente; el espíritu de comercio, de astucia y de aventuras sigue aún firme en Occidente. Los dos gigantes se han separado algo, remontando hacia el Norte, como para apoderarse del continente desde más arriba.

A Turquía ha sucedido Rusia; á España ha sucedido Inglaterra.

---

(1) En Turquía los llaman *schim.*

Cortad con el pensamiento, en el globo del mundo, un segmento, que, dando la vuelta al Polo, se desenvuelve desde el cabo Norte europeo al cabo Norte asiático, desde el Tornea al Kamtschatka, desde Varsovia al golfo de Anadyr, desde el mar Negro al mar de Okhotsk, y que, á Poniente, tocando con Suecia, bordeando el Báltico, devorando la Polonia, al Mediodía, cercenando Turquía, absorbiendo el Cáucaso y el mar Caspio, invadiendo Persia, siguiendo la larga cadena que empieza en los montes Urales y termina en el cabo Oriental, costea el Turquestán y la China, choca con el Japón por el cabo Lopatka, y partiendo del centro de Europa, llega en el estrecho de Behring á tocar la América á través del Asia; además de la Polonia, arrojad á granel en ese monstruoso segmento la Crimea, la Georgia, el Chirván, el Imereteo, la Abascia, la Armenia y la Siberia; agrupad á su alrededor las islas de la Nueva Zembla, Spizberg, Vaigatz y Kalguef, Aland, Dagho y Oesel, Clarke, San Mateo, San Pablo, San Jorge, las Aleutianas, Kodiak, Sitka y el archipiélago del Príncipe de Gales; dispersad en ese inmenso espacio sesenta millones de hombres, y tendréis la Rusia.

La Rusia con dos capitales; la una coqueta, elegante, atestada de enormes baratijas del gusto Pompadour que se han hecho palacios y catedrales, empedrada de mármol blanco, construída ayer, habitada por la corte, desposada con el emperador; la otra cargada de cúpulas de bronce y de minaretes de estaño, sombría, inmemorial y repudiada. La primera, San Petersburgo, representa la Europa; la segunda, Moscou, representa el Asia. Como el águila de Alemania, el águila de Rusia tiene dos cabezas.

La Rusia puede poner en pie de guerra un ejército de un millón cien mil hombres.

El posible desbordamiento de los rusos hace repa-

rar la muralla de la China y construir la muralla de París.

Lo que era el gran knez de Moscovia es ahora el emperador de Rusia. Comparad las dos figuras y medid los pasos que Dios hace dar al hombre.

El knez se ha hecho tzar, el tzar se ha hecho czar, el czar se ha hecho emperador. Esas transformaciones, hay que reconocerlo, son verdaderos avatares. A cada piel de que se despoja, el príncipe moscovita se hace más y más semejante á Europa, esto es, á la civilización.

No obstante, no lo olvide Europa, semejar no es identificarse.

Inglaterra posee Escocia é Irlanda, las Hébridas y las Orcadas; con el grupo de las islas Shetland, separa Dinamarca de las islas Feroe y de la Islandia, cierra el mar del Norte y observa á Suecia; con Jersey y Guernesey, cierra la Mancha y vigila Francia. Luego parte, vuelve al rededor de la península, pone su influencia en Portugal y su talón en Gibraltar, y entra en el Mediterráneo después de haber tomado la llave. De una zancada pasa las Baleares, Córcega, Cerdeña y Sicilia; allí se detiene, encuentra Malta, y en ella se instala entre Sicilia y Túnez, entre Italia y Africa; desde Malta llega á Corfú, donde vigila á Turquía, cerrando el mar Adriático; Santa Maura, Cefalonia y Zante, desde donde vigila la Morea, dominando el mar Jonio; Cerigo, desde donde vigila Candía, bloqueando el Archipiélago. Aquí hay que retroceder, pues el Egipto cierra el paso y el istmo de Suez aun no está cortado; vuelve sobre sus pasos y entra otra vez en el Océano. Ha dado vuelta á España, esta pequeña península, y va á dar la vuelta al Africa, esa península enorme. El trayecto es incómodo en esa región donde un Océano de arena se une al gran Océano de las olas.

Como un hombre que atraviesa un vado con precaución de piedra en piedra, tiene descansos marcados para cada paso que da. Pone primero el pie en San Jaime, en la desembocadura del Gambia, desde donde espía el Senegal francés. Su segundo paso se imprime en la costa, en Cacheo, el tercero en Sierra Leona, el cuarto en el cabo Córcega. Luego se arriesga en el Océano Atlántico, y reune bajo su pabellón la Ascensión, Santa Elena y Fernando Po, triángulo de islas que entra profundamente en el golfo de Guinea. Con este apoyo, alcanza el Cabo y se apodera de la punta de Africa, como se apoderó en Gibraltar de la punta de Europa. Desde el Cabo remonta, hacia el Norte, al otro lado de la península africana, aborda las Mascareñas, la Isla de Francia y Puerto Luis, desde donde tiene á raya á Madagascar, y se establece en las islas Seychelles, desde donde manda toda la costa oriental, del cabo Delgado al cabo Gardafu. Aquí ya no hay más que el mar Rojo que la separe del Mediterráneo y del Archipiélago; ha dado la vuelta á Africa y ha regresado casi al punto de partida. Y viene el mar de las Indias, viene el Asia.

Inglaterra entra en Asia; desde las Seychelles á las Laquedivas no hay más que un paso, y toma las Laquedivas; hecho lo cual, extiende la mano y se apodera del Indostán, todo el Indostán, Calcuta, Madrás y Bombay, esas tres provincias de la compañía de las Indias, grandes como imperios; y siete reinos, Nepal, Auda, Baroda, Nagpur, Nizam, Maisur y Travancor. Allí toca la Rusia; únicamente el Turquestán chino la separa de ella. Dueña del golfo de Omán, que bordea la inmensa costa que posee desde Hayderabadh á Trivanderam, alcanza á la Persia y la Turquía por el golfo Pérsico, que puede cerrar, y al Egipto por el mar Rojo, que puede bloquear igualmente. El Indostán le da Ceylán. De Ceylán se desliza entre las islas

Nicobar y las islas Andaman; toma tierra en la larga costa de los montes Mogs, y hela ya dueña del golfo de Bengala. Poseer el golfo de Bengala, es dictar leyes al imperio de los Birmanes. Los montes Mogs le abren la península de Malaca, y en ella se extiende y se consolida. Desde Malaca observa Borneo. De este modo, desde las islas Singapur observa á Sumatra; poseyendo el cabo Romania y el cabo Comorín, posee las dos grandes puntas del Asia, como tiene la punta de Europa, como tiene la punta de Africa.

En la actualidad ataca á la China á viva fuerza después de haber tratado de envenenarla, ó al menos de adormecerla.

Y no es esto todo; quedan los dos mundos, la Nueva Holanda y la América, y se apodera de ellas. Desde Malaca atraviesa el inextricable grupo de las islas de la Sonda, esa conquista de la vieja navegación holandesa, y se posesiona de la Nueva Holanda entera, tierra virgen que fecundiza con presidiarios, y que guarda celosamente, fortificada en las islas Bathurst al Norte y en la isla de Diemen al Sur, como en dos fortalezas.

Luego sigue un momento la ruta de Cook, deja á su izquierda los seis archipiélagos de la Oceanía, bordea delante la larga muralla de las Cordilleras y de los Andes, dobla el cabo de Hornos, remonta las costas de la Patagonia y del Brasil, y toma tierra al fin bajo el Ecuador en la cumbre de la América meridional, en Strabrock, donde crea la Guyana inglesa. Un paso y es dueña de las islas del Viento, ese cromlech de islas que cierra el mar de las Antillas; otro paso y se hace dueña de las islas Lucayas, larga barricada que cierra el golfo de Méjico. Hay veinticuatro Antillas pequeñas, y toma doce; hay cuatro Antillas grandes, Cuba, Santo Domingo, Jamaica y Puerto Rico, y se contenta con una, Jamaica, desde donde mo-

lesta á las otras. Después, en el centro mismo del istmo de Panamá, á la entrada del golfo de Honduras, corta en tierra firme un pedazo de Yucatán, y planta en ella su establecimiento de Baliza como una atalaya entre las dos Américas. Allí, no obstante, Méjico la tiene en respeto, y más allá de Méjico, los Estados Unidos, esa colonia cuya nacionalidad es para ella un insulto. Vuelve á embarcarse, y de las islas Lucayas, apoyándose en las Bermudas, donde planta su pabellón, alcanza Terranova, esa isla que, contemplada á vista de pájaro, tiene la forma de un camello arrodillado en el Océano que levanta la cabeza hacia el Polo. Terranova es la estación de su último esfuerzo. Y es gigantesco. Alarga el brazo y se apodera de un golpe de todo el Norte de América, del Océano Atlántico al grande Océano, de las islas de la Nueva Escocia, del Canadá y del Labrador, de la bahía de Hudson y del mar de Baffin, del Nuevo Norfolk, la Nueva Caledonia y los archipiélagos de Cuadra y de Vancouver, de los iroqueses, los chipenays, los esquimales, los cristinales, los colingis, y cuando va á apoderarse de los ugalacmintis y de los quitegnes, detiénese de pronto; Rusia está allí. Donde Inglaterra ha llegado por mar, Rusia ha llegado por tierra, pues el estrecho de Behring nada significa, y allí, bajo el círculo polar, entre los feos y azorados salvajes, en los hielos y los icebergs, á la reverberación de las nieves eternas, á la claridad de las auroras boreales, los dos colosos se encuentran y se reconocen.

Recapitulemos. Inglaterra posee los seis golfos mayores del mundo, que son los golfos de Guinea, de Omán, de Bengala, de Méjico, de Baffin y de Hudson; abre ó cierra á voluntad nueve mares, el mar del Norte, la Mancha, el Mediterráneo, el Adriático, el mar Jonio, el mar del Archipiélago, el golfo Pérsico, el mar Rojo y el mar de las Antillas. Posee en América un imperio, la Nueva Bretaña; en Asia un imperio, el Indostán, y en el grande Océano un mundo, la Nueva Holanda.

Además, posee innumerables islas, que son, en todos los mares y ante todos los continentes, como buques estacionados y al ancla, y con las cuales, isla y navío en sí misma, anclada ante Europa, se comunica, por decirlo así, sin solución de continuidad, por medio de sus innumerables barcos, islas flotantes.

El pueblo de Inglaterra no es en sí mismo un pueblo soberano, pero es para otras naciones un señor feudal. Gobierna feudalmente á dos millones trescientos setenta mil escoceses, ocho millones doscientos ochenta mil irlandeses, doscientos cuarenta y cuatro mil africanos, sesenta mil australianos, un millón seiscientos mil americanos y ciento veinticuatro millones de asiáticos; es decir, que catorce millones de ingleses poseen en la tierra ciento treinta y siete millones de hombres.

Todos los lugares que hemos citado en las pocas páginas que acabáis de leer, son los puntos de inserción de la inmensa red con que Inglaterra ha envuelto el mundo.